

Y si nadie va a hacer nada...

Eva Barro García

Y a quién se lo voy a contar...

Le juro a usted que lo he intentado, hago memoria para que vea usted que no le mento, que yo hice todo lo posible, que todavía lo estoy haciendo, pero que va a ser inútil, a no ser que usted mismo me haga caso y pueda impedirlo... Era sólo un decir, no se preocupe, es que en realidad, es más fácil hablar con cualquier desconocido que acudir a aquellos que... De todas formas, no quiero aburrirle el viaje, si le molesto me callo. Qué amable es usted... Sí, es cierto que contar las cosas libera, pero en este caso yo necesito más que eso, necesito evitar una barbaridad. Y no veo el camino.

Cuando le oí a mi padre aquello... pero lo peor no fue lo que dijo, sino el cómo se desfiguró su cara al escupirlo... Lo que me heló la sangre no fueron las palabras, fue otra cosa, fue el sentimiento aterrador con que las iba soltando... Y todavía más miedo me dio comprobar que mi hermano le miraba, pero no con odio o con desprecio, como siempre. Levantó su mirada despacio, la clavó en mi padre, que es el suyo, ya le digo, y por primera vez noté que le hacía caso, que aceptaba el desafío... y el pánico me dobló la espalda, créame, porque mi hermano, bueno, es muy bueno, pero en cuanto se ve en una apuesta, en un reto... cuando se pone en entredicho su hombría y asimila que ha aceptado el envite, entonces ya no hay quien el pare. Los dos hombres se sostuvieron los ojos durante demasiado tiempo, sentí cómo se entendían, por vez primera ... y cómo nacía la desgracia de aquella comunicación.

Pues mire usted, lo primero que se me ocurrió fue buscar a mi madre, pero después pensé que no iba a darle tal disgusto. Total, lo que ella puede... armar un griterío y al final, nada más que llantina para todos, porque a ver desde cuando ha servido para algo lo que opine, o lo que quiera... Así que la dejé en paz, ya bastante tiene con seguir levantándose cada mañana deseando que sea otra vez noche para poderse dormir y olvidar.

Claro, a la policía, lo lógico en estos casos, no crea que no lo pensé, que así como usted lo dice, allá que fui. Lo primero, que para entrar ya me pidieron

explicaciones. Cómo que a qué vengo... será por algo gordo, digo yo, que nadie se mete en una comisaría por gusto. Y no me dejan entrar porque no ha pasado nada. No, si todavía no, pero me parece a mí que será mejor prevenir que curar... Bueno, pues en ninguna de las colas encajaba yo, porque ni me habían robado, ni iba a denunciar nada, ni... vamos, que hasta que no tengamos tragedia, ellos no mueven un dedo. Me pareció que uno de ellos, el flaquito escuchimizado aquel, que no sé cómo le admitieron en el cuerpo, porque yo siempre creí que para ser autoridad lo primero es tener presencia... aquel insinuaba que yo no andaba bien de la cabeza. Ahora, que si la mata, mire usted lo que le digo, si al final sucede lo que está cantado, yo les planto a ellos una denuncia por incompetentes. Por estas que lo hago, que no va a irse mi hermano a la cárcel sabiendo como yo sé lo que hay detrás. ¿O no es verdad que la policía es la más indicada en estos casos? Después, a toro pasado, a buenas horas.

Total, que si no ponía una denuncia no podía quedarme y a ver a quién iba yo a denunciar... Pero si me iba a casa como si nada, no podría perdonarme lo que pudiera pasar, así fui a buscar al párroco. Qué quiere que le diga, lo que se me ocurrió... Pero lo único que saqué después de mil vueltas para encontrarle fue la cabeza caliente y los pies fríos. Me escuchó, bueno, eso sí, pero como quien oye llover, vamos, como quien cumple un trabajo, que en realidad ese es su trabajo... Con más delicadeza que los policías, pero me llamó exagerada, me recomendó tranquilidad y como solución, que rezara. Y no es que yo sea una descreída, que a mi manera rezo, y siempre llevo al cuello mi cadena y mi medalla, pero en estos momentos... Y también lo entiendo, que no va a presentarse en casa el señor cura para decirle a mi hermano que cuidado con lo que hace o a mi padre que a ver si cambia. Es que llega un momento en que una ya no sabe a dónde mirar.

Me alegro de que me comprenda. ¿Sabe por qué he cogido este autobús? No fue fácil, pero en un momento organicé todo: le dejé la niña a mi suegra, que menos mal que se la queda siempre encantada, y Samuel hoy hace noche, así que cena cualquier cosa en la cafetería del hospital y ya está. Samuel es mi marido, que no se lo había dicho, es celador en el Hospital Provincial. Pues eso, que me lié la manta a la cabeza y voy donde mi hermano.

El domingo me quedé muy mal, llevo tres días como si trajera pulgas, de verdad, pensando que de un momento a otro suena el teléfono y me dan la noticia. Pero antes de ir a su casa voy a pasarme por la central de su empresa.

Claro, ese es el problema, que los guardias de seguridad tienen su arma reglamentaria y él, como todos, la pasea a diario a casa, como el uniforme. Así que lo tiene demasiado fácil, que en un calentón, saca la pistola y le pega cuatro tiros. Hace unos meses se plantearon en la empresa que los empleados fueran de paisano y se cambiaran allí, y entonces las armas se quedarían bien guardadas en la central, pero no sé por qué, al final decidieron dejarlo todo como siempre.

Se lleva bien con el jefe, un tal Ginés. No lo conozco, pero por lo que mi hermano cuenta, debe de ser un buen tipo, así que a lo mejor, él sí que puede ayudarnos. Obligándole a dejar la pistola en custodia, lo primero. Ya, ya sé que si se le mete en la cabeza, mil formas hay de... pero bueno, como viven en un bajo, tirarla por la ventana tampoco puede.

Pues mire usted, la Alejandra, mi cuñada, siempre fue un poco pendón. Las cosas claras y el chocolate espeso. Si cuando eran novios todos se lo decíamos, que esa muchacha no era para él. Si hasta los propios hermanos de ella le dijeron a mi hermano que la chavala no era trigo limpio. Bueno, enamorado sí que estaría, que era muy joven y la verdad, la Alejandra tiene palmito... y es guapa de cara, yo lo que tiene no se lo quito, pero más que enamorado estaba... bueno, ya me entiende... que no era el primer cabestro que desbravaba y debe de ser una artista en esos encierros. Vamos, que mi hermano no vio más allá del muslamen de la chica y con ella se casó. Que ya la haría él cambiar, decía... hay que ser idiota. Y ahora, como es natural, no quiere cuernos. Pero ella se hartó del mismo postre cada día, ya ve usted, anda de boca en boca por todo el pueblo. Y si por lo menos se encontrara el pobre un plato caliente cuando viene de trabajar... Las camisas del uniforme se las plancha mi madre, callando de mi padre, que esa es otra.

Hasta yo le he planchado algunas veces la ropa, que algunos fines de semana cogía el coche y se venía a la ciudad con el hato de ropa sucia, para no comprometer más a mi madre. En realidad el viaje en coche, poco más de una hora, pero aquí, ya ve usted, tanta parada, tanto rodeo... casi dos horas y media de la capital al pueblo.

El sueldo se le evapora en peluquerías y trapos y ni embutido en la nevera para hacerse un bocadillo. Así que ya ve usted. Yo ya le dije a mi hermano, que se separe de ella, que se divorcie, que todos lo vamos a comprender, pero hacer una barbaridad no, porque se arruina él su vida ¿no le parece?

El domingo ya fue el colmo, por eso me entró a mí tanto miedo. Decían por la televisión que habían matado a otra, no me acuerdo dónde, y mi padre como siempre:

“una puta menos”. Por un lado parece que se alegra de esas desgracias y por otra a mí me parece que se queda como triste, como amargado. Y unas serán como la Alejandra, yo no digo, pero la mayoría son mártires ¿no le parece? Y aún en el caso de mi cuñada, lo que no conviene se deja y andando. Pero los hombres se ciegan...

Como mi padre, que es que ese tema le duele como una obsesión. Cuando nace una niña suelta lo mismo “otra puta al ruedo” y si es de la familia el disgusto le dura una temporada. Cuando nació mi hija no vino a verme, no conoció a la niña hasta que la bautizamos a los cuatro meses, ya ve. Cosas de la ignorancia, creo yo. Porque mi padre sabe leer y escribir y algo de cuentas, pero aunque es mi madre la que no conoce las letras, es él mucho más ignorante. Mi madre, la pobre, una santa, siempre trabajando, siempre sacrificada por nosotros, por tener un duro para comprar cosas para la casa, que siempre fue su pasión, tener una casa bonita...

Pues qué quiere que le diga, la escuela de la vida no le enseñó mucho a mi padre. Cómo no voy a decir que es un ignorante... mire, para que usted se de cuenta, yo soy la mayor, le saco tres años a mi hermano. Siempre me gustó estudiar, siempre destacaba yo en las notas, los maestros estaban contentos conmigo, pero fue llegar a los catorce años, terminé el octavo de EGB que se decía entonces, y mi padre me metió en la fábrica a trabajar. Yo quería ir al instituto, quería hacer bachiller, quería ser maestra, y vaya si lo hubiera conseguido, que los libros a mí... Pero él, nada, que para qué quería tanta sabiduría una mujer, que ya era mocita y no sabía ni poner un cocido... Y mi hermano que siempre fue un vago, la verdad, siempre castigado, que siempre le decían en el colegio que ya se podía parecer a mí... pues mi padre empeñado en que siguiera, a mí hermano sí, a él estaba dispuesto a mantenerlo de señorito mientras paseaba los libros al instituto. Pero nada, un curso y todo suspenso, el director le dijo que no había nada que hacer, que cuando Dios no quiere, todos los santos son pocos.

Fíjese la decepción de mi padre... Y después va y carga con la Alejandra... y encima nació la primera niña, la que venía ya en camino cuando la boda y que para colmo dicen que no es suya, que es un arrimo... Pues todo se lo perdonaría mi padre al chico si fuera capaz de matarla, ya ve usted.

Claro que hay hijos. Tengo dos sobrinos, la mayor... cómo pasa el tiempo, ya va a cumplir once años... y después vino un varoncito que va para los seis... Le pusieron Basilio, como a mi padre, que ese fue otro buen disgusto, porque ella no quería, que es natural, porque el nombrecito se las trae, a ver qué niño se llama ahora Basilio... pero el abuelo se puso como una fiera con su hijo, le llamó calzonazos, le gritó como nunca...

así que al final, después de que ellos tuvieran una pelotera de órdago, al final mi sobrino se quedó con el nombre del abuelo, pero total, como es clavado a su madre... pero en todo, fíjese, por fuera y por dentro, pues mi padre no lo puede ni ver. Además es que la Alejandra los malmete contra nosotros, eso sí que es verdad... si los vemos de Pascua en Ramos... pero qué le vamos a hacer, cómo dice mi madre, sabiendo que están bien, cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Eso, eso es lo peor, que los niños no tienen culpa pero las pagan todas. Y digo yo, que si se separan, por lo menos las criaturas dejan de ver escenas en casa, pero con la madre en el cementerio y el padre en la cárcel, a ver qué futuro les espera a los pobres... Por eso es tan urgente que alguien me escuche, alguien que pueda hacer algo... porque a mí, mi hermano me oye como quién oye llover, y a mi madre lo mismo, que a eso le acostumbró mi padre desde pequeño. No, a Samuel tampoco le hace caso. Como es un bendito, mi Samuel... todas las noches y todos los días doy gracias al cielo por habérmelo dado.

¡Qué va, Samuel no es de esos! Todo lo habla conmigo, no da paso sin que yo lo sepa... y cuando llega a casa, lo que haga falta: si hay que acercarse al supermercado, pues va, y si hay que tender una lavadora pues lo mismo... y no quiera usted verlo con la niña... la lleva, la trae, la ayuda con los deberes... Lo que se dice un padrasto y un buen marido. Vamos, un hombre cabal, como tiene que ser... y eso es lo que en mi casa no toleran, que desde que una vez mi padre lo vio fregar dos platos, le llamó maricón a la cara y lo despreció para siempre. Pero a nosotros ni nos va ni nos viene, ya le digo, nosotros a lo nuestro. Bueno, mi madre no, mi madre le quiere como a un hijo y se lo demuestra siempre que puede, que si al Samuel le gustan las costillejas, no faltan en la mesa, que si llega su santo, no le falta su detalle... y eso a escondidas, naturalmente, de mi padre.

Hay que ver, cómo ha cogido la curva este hombre... si no fuera que nunca hubo un accidente en la línea de autobuses, me moriría de miedo. Pero como los conozco bien, no quiero un billete que no sea de la primera fila, qué le voy a hacer, en cuanto pierdo de vista la carretera, me mareo. Lo que son las cosas, sólo me pasa en los autobuses. En el coche, nada, encantada, y en tren, lo mismo. Pero aquí, en cuanto se me va la vista del horizonte, se me planta un horror en el estómago... También, también los nervios me afectan, porque llevo unos días en un sin vivir. Y es que encima se quedaron en el pueblo, que todo el mundo sabe, que todo el mundo habla... porque en

la ciudad, y eso aquí, que es pequeña, cada uno va a su aire y pasamos desapercibidos. Fíjese, que tengo yo vecinos que apenas los he visto un par de veces...

Ya verá como no falta quién le diga a mi madre que estuve en el pueblo, y eso que iré directamente a las oficinas del trabajo de mi hermano y me vuelvo en el autobús siguiente. Pero bueno, ya le contaré cualquier cosa.

¿Ve usted? Menos mal que los tiempos cambian, porque a mi madre ni se le hubiera pasado por la cabeza faltar de casa una tarde y llegar después a las tantas a casa, ni aunque fuera por un hermano, ni por evitar esto tan gordo. Claro, por mi padre. Y sobre todo por la abuela, que mientras que la abuela vivió, menudo infierno tuvimos. Y duró hasta cerca de los noventa, la condenada, que bicho malo, mal muere. Mi abuela por parte de padre, sí. La suegra de mi madre, vamos. Que encima no lo era... le explico, que le estoy haciendo un lío. La madre verdadera de mi padre murió muy joven, antes era normal, después de muchos hijos y poco alimento, la que no era fuerte se acababa. Y al abuelo le faltó tiempo para liarse con la Jacinta. Ellos decían que sí, que se habían casado, pero las malas lenguas... y la verdad, pruebas no había, ni una fotografía, ni nada... Pues la abuela Jacinta terminó de criar a los chicos, nada menos que cinco, pero en muy malas condiciones. No los quería, y como el abuelo tampoco era un dechado de perfección, pues eso tampoco ayudaba a que la mujer se encariñara... por lo menos no tuvo chicos ella, porque entonces habría sido mucho peor.

Menos mal, menos mal que los tiempos cambian. Si viera usted lo maja que es la madre de Samuel... yo la quiero muchísimo, y ella a mí, faltaría más. Se porta con nosotros como lo que tiene que ser, como una madre, como una abuela en condiciones. Tampoco le doy motivos, estaría bueno, pero es que ella no los busca, porque, mire usted, cuando uno busca, encuentra y si no, lo inventa, que eso le pasaba a mi pobre madre con la abuela Jacinta.

Bueno, es que nunca la quisieron en casa de mi padre, ya ve, porque trabajaba en la fábrica de conservas... y lo que tienen las cosas, después a mi padre le faltó tiempo para meterme a mí... El abuelo tenía aires de grandeza, porque era empleado del ayuntamiento, ya ve, poco más que el chico de los recados, pero del ayuntamiento, y aunque pasaron más hambre que el burro del gitano, se daban tono. Y mi madre, la pobre, que nunca fue a la escuela, siempre trabajando, primero criando hermanos y desde los diez años sirviendo hasta los quince que entró en la fábrica... Pero lo peor no era eso, lo peor fue que después de casada se negó a dejar el puesto.

Claro que hizo bien. Fue lo único en lo que logró salirse con la suya, pero bien caro lo pagó. Y lo sigue pagando. ¿Usted cree que con lo que ganaba mi padre en la construcción se podía salir adelante? Hombre, para mal comer, seguramente, pero ella tenía grabada en el corazón una sala bonita, un dormitorio con una colcha brillante y una lámpara, una cocina con relativas comodidades... y un arcón lleno de sábanas y de mantelerías... Eso y tener hijos sanos, todas las ilusiones de mi madre. Así que contra viento y marea, aguantó y envejeció luchando en su trabajo y en casa. Una heroína, eso es lo que es mi madre. Que ahora bien que presume mi padre de lo que tienen, pero demasiado caro se lo hizo pagar. Y encima a él se le amargó la vida desde aquel día... Pero en el fondo, a él también le gustaba que el dinero no anduviera escaso, y aunque no le gustaba que su mujer trabajara, se tragaba el sapo con tal de presumir. Si fue uno de los primeros del pueblo en comprarse un coche...

¡Ay, perdone! Sin querer se ha ido resbalando el bolso este y al final le está estorbando. Qué amable es usted... ¡Que ganas tengo ya de bajarme de este trasto! Ya, ya me doy cuenta de lo moderno que es y de las comodidades que tiene, pero no deja de ser un armatoste con ruedas. Además, yo soy un puro nervio, y eso de estar tanto tiempo sentada... tengo las piernas dormidas, ya, y la cabeza loca. Menos mal que en este primer asiento apenas me mareo. Y además, que hablando se pasa el tiempo más rápido, y lo que usted dice, que contar las penas las alivia un poco, no sé, es como si se desgastaran, y después, al volver a pensar, a solas, parece menos pesada la carga. ¿Así que le parece buena idea lo de hablar con el jefe de mi hermano? Es que no se me ocurre otra cosa.

En una ocasión me las arreglé para encontrar a solas a mi cuñada y por lo suave, intenté hacerla comprender... pero no hay manera, al principio muy buenas razones, pero enseguida se alzó de patas, empezó a echarle a mi hermano todas las culpas, que si gana poco, que si le pega, que si nunca está en casa... Qué quiere que le diga, de todo habrá, cualquiera sabe, pero pegarle, yo no sé si llegaría a tanto... él lo niega.

¡Ah, lo de aquel día! Yo tenía diecisiete años. A mi madre siempre le gustó celebrar su santo, no me pregunte la razón, porque yo no lo entiendo. Se gastaba un dineral y se hartaba de trabajar en la cocina y después de limpiar la casa que nos la dejaban como una pocilga... tal vez para demostrar sus posibilidades, para lucir su vivienda, sus pequeños lujos conseguidos a base de sangre y sudor... tal vez fuera su única gratificación... quién sabe...

Los primeros en apuntarse eran siempre los abuelos, los paternos, claro. Los padres de mi madre murieron demasiado jóvenes... ni yo los conocí...

La abuela Jacinta era tan mala... sí, sí, no me mire de esa manera, ya sé que es difícil encontrar a personas verdaderamente malvadas, pero le aseguro que ella lo era. ¿Sabe que se dedicaba a echar las cartas? Un poco de tapadillo, porque en aquellos tiempos esas cosas eran pecado, y mire usted, yo volvería a prohibirlas, porque la gente está volviendo a la ignorancia con tanto charlatán intentando adivinar lo que no se puede. Que cada uno haga lo que quiera, bueno, dentro de un respeto, se entiende, pero esta mujer hacía mucho daño. El otro día vi en la televisión a una de esas brujas de moda que me la recordó, diciéndole a alguien lo mala que es su pareja y recomendándole cosas horribles... Eso no está bien, no lo estaría ni aún si fuera cierto lo de las cartas y todas esas idioteces. Aún si fuera cierto que alguien pudiera adivinar, debería callarse, debería ser la más prudente de las personas, pero sabiendo encima que es un engaño y para más escarnio, que le están sacando dinero a su víctima... qué quiere que le diga, a mí eso me descompone. ¿No es verdad que cada vez hay más gente que cae en esas patrañas? Y eso que ahora todo el mundo va a la escuela, no sé que es lo que está pasando, pero a mí me está empezando a preocupar. Sí, me da miedo.

No, por Dios, no temo a la magia ni a estas majaderías, eso son sandeces, lo que me da miedo son los derroteros que está tomando la gente... si cada vez hay más estupideces de estas es porque cada vez hay más ingenuos, más desesperados, sí, además eso... y si no hay revista ni cadena de televisión que no lo use... es como si a alguien le interesara que seamos cada vez más borregos ¿no le parece? Eso es lo que me asusta.

Pues como le iba diciendo, aquel año en que yo cumplí los diecisiete, mi madre organizó su fiesta como siempre. Llegaron los viejos. Mi padre a enseñarle al suyo la televisión que acababa de comprar y que era de las primeras, en blanco y negro... y el abuelo avergonzándole, que a ver de qué si no fuera por el trabajo de su mujer... poco más o menos, le llamaba chulo siempre que podía y a mi padre se le retorcían las tripas. Y es que el abuelo le tenía verdadera envidia a su hijo... sí, sí, no me mire usted así, ya sé que parece una barbaridad pero la envidia es muy mala, y no sólo se da entre hermanos o entre vecinas...

Así que va la abuela Jacinta y saca unas cartas del bolso. Y sin más, le dice a mi padre que se las va a echar. Y él, que no, que para qué, pero ella ya iba con toda la intención y tampoco mi padre tuvo lo que hay que tener para mandarla a paseo con

aquellas zarandajas. Incómodo sí que estaba, porque ya le digo, en el fondo, aunque sepa leer, mi padre es un ignorante. Y nada más empezar, la fortuna, que todo bien en el trabajo, que qué bien con el dinero, pero que hay algo que huele mal. La muy ladina ya iba preparando el terreno para la puñalada.

Y de golpe sale una carta, que maldita sea la carta y la bruja que la sacó, y le dice a mi padre que hay otro hombre. Y sigue sacando cartoncitos de colores y cada vez más emperrada en que mi madre tiene otro, que en la fábrica se entiende con alguien. Y el abuelo, como una fiera enfrente de su hijo, a llamarle de todo, a echarle las culpas porque consiente que su mujer salga de casa y le deshonre por unos pocos cuartos. Y la Jacinta, cuantas más cartas barajaba, más convencida se mostraba, que no era ella la que lo decía, que eran las cartas y que eso no falla nunca. Mi padre, de rojo a morado, parecía una berenjena, y cuando entra mi madre en la salita con una fuente de ensaladilla, le arrea una bofetada que vuela la fuente y ella se va al suelo, y enseguida se da cuenta de que sangra y de que le falta un diente... La brecha de la cabeza fue lo de menos, se la curé yo como pude y enseguida cicatrizó, pero la boca... Y tampoco fue lo peor, lo de la boca...

Aunque no se lo crea, mi madre y yo fregamos todo lo que se había manchado de comida, que no vea usted la peste que se queda con la mayonesa, que se mete por las rendijas y no hay forma de que se termine de ir... y se sentaron a comer la sopa y el cordero, como animales... Y después de que se pusieron como cerdos, se largaron. Ya dejaban el trabajo bien hecho...

Mi madre sentada en su cama, llorando... y yo con ella...

Y a mi padre nunca se le pasó. Desde aquel día, iba a buscarla al trabajo, la llevaba... y encima los vecinos decían que cómo la cuidaba... En casa las cosas no volvieron a ser lo mismo. Él se creyó la infamia y como es una gallina, que en eso razón tenía el abuelo, que mi padre nunca tuvo ni un ápice de valor, no hizo nada. Quiero decir, que él, en su fuero interno, sabía que tenía la obligación de matar a mi madre, pero no pudo. Eso, más que el posible cuerno de mi madre, que era mentira, bien sabe Dios que era mentira, le amargó la vida para siempre. Por eso ahora quiere que su hijo cumpla... como no ha sabido hacerlo él...

No... no hay derecho...

Y si nadie va a hacer nada...